

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

¿MUNDIALIZACIÓN O HEGEMONÍA?

Por *Henri* BARTOLI

PRESIDENTE DEL CENTRO FRANCÉS
DE LA SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

1

LA ASPIRACIÓN CASI RITUAL a un “orden” internacional “nuevo” se nutre fácilmente de la esperanza común y del espectáculo omnipresente de todos los desórdenes del mundo. Encuentra su resorte, casi infatigable, en el ideal de paz.

Esta misma aspiración se hizo presente en el Mensaje a los Intelectuales votado por la primera Asamblea General Ordinaria de la Sociedad Europea de Cultura (noviembre de 1951), que los invitaba a no sufrir la historia, sino a trabajar para hacerla, y a responder, ante las exigencias brutales, que no hay conflicto inevitable. Se hizo también presente en la Carta a las Autoridades Políticas votada por la misma Asamblea, que hacía del esfuerzo de previsión y de preparación del orden futuro que realiza la cultura una acción que sobrepasa el dominio de las instituciones y de las leyes. ¿La cultura no es, decía Umberto Campagnolo en su discurso inaugural de la Asamblea Constitutiva de la SEC, “la fuerza más dinámica, la más indestructible que tiene la humanidad”?

La vida diplomática, política, económica, se había organizado a partir de los acuerdos de Yalta alrededor de dos líneas de fractura (Norte-Sur, Este-Oeste) y de tres conjuntos (mundo capitalista, mundo comunista, Tercer Mundo). Las revueltas mismas de Berlín (1953), Budapest (1956), Praga (1968), Gdansk (1980) no habían sacudido el edificio internacional ni perturbado el obligado respeto mutuo que acarrearaba la doble defensa nuclear. En unos pocos años todo cambia. Es así que, como dice G. Robin, “los dos países que tenían la guerra fría en la punta de los dedos eran también los

más fatigados. Y era en Moscú donde el desgaste se hacía más manifiesto'.¹

Desde fines de los años ochenta, el fuego estaba preparado en la Unión Soviética. Había una crisis de las instancias del poder político, un enjuiciamiento del Partido, de sus dogmas, de su lugar en el Estado, del mismo modo que había crisis de la economía, cansancio ante las lentitudes y las consecuencias lamentables de las reformas, el desempleo, la pobreza y la agravación general de las condiciones de vida.

Todo había cambiado ya en Occidente antes de la "crisis" de 1973-1974, fenómeno atribuido en un principio a los "caos petroleros", pero del cual hubo que reconocer por cierto, una vez que los términos de intercambio volvieron a ser favorables a los países capitalistas industriales, que acumulaba una crisis estructural y una crisis de las regulaciones, y concernía también a la política, a lo cultural, a las instituciones, a las costumbres. Las protestas de fines de los años sesenta, los votos de cólera y de rechazo, el creciente abstencionismo, atestiguan la amplitud del desconcierto.

Todo había comenzado también en el Tercer Mundo con las secuelas de la descolonización, temibles allí donde había habido guerra y allí donde había rivalidades tribales, agravadas por la prolongación de la crisis económica y sus efectos sobre las exportaciones y los precios.

Todo cambia, pero hay en obra un proceso que inflexiona, orienta, trastorna lentamente más aún las relaciones internacionales. Parece conducir a la unificación del mundo, y se puede creer que la guerra fría va a ceder el lugar a la reconciliación, al verse lentamente atrapados los Estados-nación en un vasto movimiento que tiende a hacer de todo el planeta una zona única de producción y de intercambio.

Los agentes de esta "mundialización", como la designan los franceses, o "globalización", como la llaman los anglosajones,² son ante todo firmas. Firmas "globales" que revisten la forma de una red de unidades complementarias o sustituibles. Firmas "globales"

¹ G. Robin, en *Un monde sans maître. Ordre ou désordre entre les nations*, París, Odile Jacob, 1995.

² La diferencia no es vana. El término "globalización" traduce una regulación de las economías nacionales que escapa a ellas, el término "mundialización", apunta al fenómeno de constitución de una economía-mundo sin desaparición de su autonomía. La "globalización" es más "totalizadora", pero se trata de una cuestión de matices.

marcadas por su nacionalidad de origen. Firmas "multidomésticas", que asocian filiales autónomas, multinacionales que de todos modos no siguen una estrategia global ya que operan de forma independiente en los países donde radican.

37 000 sociedades transnacionales con sus 170 000 filiales dominan la economía mundial, 172 sobre 200 pertenecen a Estados Unidos, Japón, Francia, Alemania, Reino Unido. Entre las 50 más grandes, 20 tienen su sede en los Estados Unidos, 8 en Japón.

En 1992 el volumen acumulado de las transacciones comerciales de las 4 empresas transnacionales industriales más importantes del mundo (General Motors, Royal Dutch Shell, Ford, Exxon) equivalía al producto interno bruto de China, sobrepasaba al de Rusia y al del conjunto del continente africano. No sólo la crisis de los años setenta y ochenta ha empujado a las empresas más poderosas a intentar escapar de la baja de sus ganancias recurriendo al comercio mundial y luego a la deslocalización, sino que también la evolución de las tecnologías, su poder, el crecimiento de las capacidades de producción, han contribuido en mucho a este proceso.

La mundialización tiene como consecuencia la inserción cada vez más estrecha de las economías nacionales en una red de solidaridades comerciales a escala planetaria.

Todas las economías nacionales son cada vez más extrovertidas, dependientes del exterior tanto para sus ventas como para sus abastecimientos. De 15% en 1960, la producción de las empresas francesas para el exterior ha pasado a 25% en 1990. Las inversiones extranjeras directas impulsan el movimiento de mundialización más aún que los intercambios comerciales; modelan la estructura de las localizaciones y determinan los intercambios de bienes y servicios. La tecnología se mundializa a través de las investigaciones compartidas que se dan en el seno de las empresas globales, y a través de la difusión del progreso técnico.

El mundo deviene lo que Marshall McLuhan ha denominado "aldea global", en la cual la escritura se convierte en un medio de comunicación obsoleto frente a la electrónica, y que se parece "no a una inmensa biblioteca, sino a una red de *tam-tams* tribales en interdependencia total y coexistencia forzada".

Las finanzas se mundializan y la esfera financiera se desconecta de la economía real: 250 mil millones de dólares eran objeto de transacciones en los mercados de cambio en 1985, ¡y un millón de millones en 1990! Los mercados financieros juegan sobre las diferencias de evolución de las economías nacionales, los capitales salen masivamente de los países donde las tasas de interés son

débiles y se trasladan hacia donde son elevadas. Que la inflación repunte y sea más fuerte que entre los "socios", que el crecimiento aumente y exija crecientes importaciones, y la balanza de pagos cree problemas.

Los Estados pierden el control de la economía de su propio territorio. Deben arreglarse con las grandes firmas, que no vacilan en entrar en conflicto con ellos desde el momento en que obstaculizan su poder mundial. Deben también arreglarse con los mercados financieros: bajar las tasas de interés real para favorecer la inversión productiva y exponerse a la partida de capitales, y tanto peor para la prosperidad de la nación que abandonan y para los desempleados. Oligarquías a las cuales ningún pueblo, ningún poder político ha confiado la responsabilidad de la economía nacional se atribuyen el destino y ejercen un poder sin precedentes, asimilable en ciertas circunstancias a un auténtico derecho de veto.

En el curso del verano de 1993 los flujos de desplazamientos internacionales de capitales han sobrepasado cada día la totalidad de las reservas mundiales de divisas y el triple de las de los bancos centrales de los doce países miembros de la Comunidad Europea. Desde entonces, los bancos centrales no son más creíbles cuando tratan de estabilizar los cambios.

Ningún "orden" mundial resulta de la mundialización. Tal como escriben G. Deleuze y F. Guattari, "si no hay Estado democrático universal pese al sueño fundante de la filosofía alemana, es porque la única cosa universal en el capitalismo es el mercado",³ no por mecanismos providenciales llevados a cabo por una "mano invisible" sino por fuerzas enfrentadas. Por cierto que se pueden analizar las relaciones internacionales haciendo caso omiso de los Estados y la economía-mundo no se forma como un vasto mercado unitario semejante a una mancha de aceite, pero si no se encuentran nuevas formas de regulación es el orden económico de las firmas multinacionales fundado sobre una división del trabajo implacable el que amenaza con imponerse.

Ya no es más la guerra "fría" nuestra suerte, es la guerra "caliente" económica. Cuando se reunió en Lausana el World Economic Forum ¿no fue cuestión de "estrategia competitiva", no se evaluó el ambiente "competitivo" y la "agresividad" de las empresas a escala mundial con ayuda de 330 criterios? Hace cincuenta años. K. W. Rothschild consideraba necesaria la redacción de

³ *Qu'est-ce que la philosophie?*, París, Ed. du Minuit, 1991, p. 101.

“principios de la guerra oligopólica”. Las que se realizan son efectivamente estrategias de influencia, de subordinación, de eliminación, de adaptación o de acuerdo, realizadas con grandes esfuerzos de administración de los precios, de obstáculos estructurales, técnicos o financieros, levantados ante los competidores, de choques con los abastecedores y los gobiernos. Engañan a las naciones pretendiéndose “ciudadanos del mundo” mientras que son mercaderes cuya visión no es el servicio de los hombres, sino la solvencia y la rentabilidad, y tanto peor para aquellos que no están dotados de poder de compra.

Abierto a las posibilidades y a los intereses de los fuertes entre los débiles, el nuevo “orden” de la “mundialización” tiene como filosofía las consecuencias de la competencia y del crecimiento. Un darwinismo selectivo, devastador como tal, se presenta el liberalismo universalizado. “Orden de los ricos”, orden de preservación y de consolidación de las ventajas, orden “policíaco mundial en pie de guerra permanente”.

2

SIEMPRE en el pasado, los capitalismo nacionales han sido diversos en sus dominios (comercio, industria, finanzas), sus modos de regulación (mercado, intervención del Estado), sus estructuras, sus instituciones, el comportamiento y la organización de sus empresas, el grado de protesta o de consenso interno de los que eran objeto. La mundialización en curso no supone la desaparición de las economías nacionales y tampoco despoja a todos los Estados-nación. Los grandes Estados siguen siendo los protagonistas de la economía mundial. Lo que es nuevo es que a la hegemonía sin par de Europa Occidental, fábrica y banca del mundo a comienzos de siglo, ha sucedido un proceso de triadización, entendiéndose con ello el advenimiento, en el corazón del proceso de mundialización y a su escala, de una configuración de relaciones de fuerza tal que la mayoría de los conjuntos económicos nacionales se reagrupa a alrededor de tres polos cuyas fuerzas superan a las otras y cuyos capitalismo no son forzosamente concurrentes: Estados Unidos, Japón y Europa Occidental.

En 1993, el Producto Interno Bruto de la Comunidad Europea (entonces de doce países) era de 6 631 miles de millones de dólares, el de Estados Unidos de 6 388, el de Japón de 3 526, mientras que el PIB de los otros países asiáticos se elevaba para la misma fecha a 1 821 mil millones de dólares, el de América Latina a 1 322,

el de los otros países de Europa Occidental a 890, el de la URSS y de los países del Este europeo a 763, el del Medio Oriente a 413, el de Oceanía a 352 y de África a 328. La triada participó de este modo en 1993 con un 73,9% del PIB mundial. El Grupo de los Siete (Estados Unidos, Canadá, Japón, Alemania, Francia, Italia, Reino Unido) han producido, siempre en 1993, 45% de la producción mundial.

Entre los tres polos fluyen redes de enlace generadoras de ventajas recíprocas en ganancias y en poder, que los protegen además de desórdenes irreparables. En 1992 se había formalizado el 92% de las 4 200 alianzas estratégicas entre dos empresas del mundo entero, de todos los sectores revueltos, entre firmas de la triada. Alianzas "estratégicas" resultan del hecho que si tienen intereses divergentes y se entregan a posguerras comerciales y financieras, tienen también la ventaja común de velar por la estabilidad y la regulación de la economía mundial; ninguna potencia equilibradora existe realmente fuera de ellas.

Desde entonces se plantea esta cuestión: un poder mundial compartido entre las tres grandes potencias económicas del planeta ¿es una forma conveniente de regulación de la economía-mundo, es portadora de paz?

Una potencia es "hegemónica" cuando dispone de la polidimensionalidad del poder en el espacio económico, en el espacio político y en el espacio cultural. La hegemonía en los tiempos de la mundialización no es otra cosa que la capacidad de manipular el complejo de relaciones internacionales y de imponerse como líder mundial planteando las reglas del juego y haciéndolas aplicar sin que las otras naciones puedan cerrarle el paso.

El orden mundial está garantizado por los Estados Unidos, si creemos al Informe Molfowitz de 1992 (Comité Nacional de Seguridad), y éste debe mantenerse "contra toda tentativa de amenazarlo por la emergencia de otros centros de poder mayor". De hecho, los Estados Unidos disponen de la hegemonía militar y de una hegemonía cultural que se beneficia del empleo del inglés y del poder del dólar. Sin embargo, la falta de dinamismo de su economía, el desgaste de sus finanzas, no les permite ejercer sin compartir el liderazgo mundial. El dólar valía más de 3 marcos en 1972, 1,5 en 1992 y vale 1,4 en 1995; 340 yens en 1972, 129 en 1992, 88 en 1995. El déficit público, que era en promedio de 0.4% del PIB en 1961-1973, no ha dejado de crecer hasta 1992, alcanzando entonces el pico de 4,5%; es todavía de 2,7% en 1994; en el mismo momento, Japón tuvo excedentes de 1,1% en 1961-1973, conoció déficits de 0,8% en

1981-1990, de 2,4% en 1992, pero un nuevo excedente de 1% en 1994.

La inquietud domina a los norteamericanos ante el deterioro de la posición de su economía en el mundo, marcado por la cuantía de las importaciones de tecnologías extranjeras en varios sectores (siderúrgico, automotriz y de bienes de consumo durables), la competencia de los productos extranjeros en las industrias de punta (computadoras, semiconductores, automatización), la débil capacidad de respuesta de amplias fracciones de la economía a las agresiones exteriores, las insuficiencias de la investigación-desarrollo, la recuperación de una parte del aparato productivo por capitales extranjeros. Pese a la enorme preponderancia de los mercados interiores, debido al déficit de la balanza comercial, los mercados internacionales se convierten en una preocupación mayor del país y sus dirigentes intentan llevar a cabo una estrategia del crecimiento por las exportaciones.⁴

La dependencia de la economía norteamericana respecto del Japón, caja de ahorro del planeta en razón del enorme excedente de su comercio exterior y comprador de considerables cantidades de bonos del Tesoro norteamericano, ha crecido considerablemente. La venta masiva de los valores extranjeros que detenta la bolsa de Tokio en el primer semestre de 1995 ha contribuido fuertemente al debilitamiento del dólar.

La economía norteamericana necesita un largo periodo de consolidación, de desendeudamiento, con tasas de interés reales bajas e incluso un dólar débil. Puede pensarse que el debate que opone a los "unilateralistas" (corresponde a los Estados Unidos modelar el mundo a su imagen por sus intervenciones) y a los "multilateralistas" (conviene buscar soluciones a los problemas internacionales en el marco de las organizaciones internacionales) tiene todas las probabilidades de ser resuelto a favor de los segundos en el plano político y militar y de los primeros en el plano económi-

⁴ Con un excedente de 5 000 millones de dólares en 1980, han habido déficits con un pico de 167,1 mil millones en 1987, seguidos de una mejora hasta 1991 (-6,9 mil millones de dólares), pero un repunte a -153,7 mil millones en 1994. Notemos sin embargo que si se establece una balanza "ampliada", teniendo en cuenta la actividad de las multinacionales norteamericanas implantadas en el extranjero y extranjeras implantadas en los Estados Unidos, en 1985 no hay ya un déficit de 150 mil millones de dólares, sino que se registra un excedente de 50. Es necesario también tener en cuenta que una buena parte de las importaciones de los Estados Unidos provienen de filiales de multinacionales norteamericanas.

co, siempre persiguiendo la constitución de un gran mercado norteamericano en forma de libre cambio, con lo cual se espera hacer del TLC (Estados Unidos, Canadá y México) un conjunto más poderoso que la Unión Europea.

Los Estados Unidos, únicos en presentarse, después del derumbe de la URSS, como una potencia multidimensional que puede pretender ejercer un control a distancia, recortan el mundo en tres zonas: una de mayor interés, que abarca a Europa, Japón, el Medio Oriente petrolero e Israel y América del Norte; otra de interés relativo, que abarca Rusia, los Balcanes, Magreb, China y el Medio Oriente no petrolero; queda una tercera de interés insignificante (América Latina, Asia Sudoccidental y África). Desde su punto de vista, el problema no está ya orientado Este-Oeste sino Norte-Sur.

El segundo miembro de la tríada, Japón, presenta hasta el comienzo de los años noventa una vitalidad fuera de serie. Amplía constantemente las bases de su poderío económico, remontando con mayor facilidad que los otros países capitalistas industriales las recesiones y cumpliendo realizaciones tales que numerosas empresas occidentales entre las más innovadoras, convencidas de la superioridad de su capitalismo, se abren a sus capitales o confían a sociedades japonesas la producción y la comercialización de sus productos nuevos. El vigor de su expansión debe atribuirse al conjunto de sus instituciones y de sus reglas, a los comportamientos concretos de sus agentes, a sus capacidades y a las relaciones que entablan, a las tecnologías empleadas, al arte de movilizar y de contener la inteligencia de todos en provecho de la empresa, pero también a la apertura de las estrategias a largo plazo, de modo tal que todo conflicto entre el corto y el largo plazo se decide a favor de éste, y se da preferencia a los intereses de la nación sobre los de las empresas cuando éstos no coinciden.

El liderazgo de Japón en Asia es indiscutible. El Pacífico es, según la expresión del MITI, una región "donde es posible una estrategia de empresa global" para Japón: en los países periféricos las producciones con fuerte intensidad de trabajo (siempre que las empresas japonesas los controlen), en Japón las producciones de tecnología avanzada. Fuera del Pacífico, Japón procede a amplias inversiones directas, incluidos los Estados Unidos y Europa, y se esfuerza por esquivar las barreras proteccionistas de los otros conservando las suyas.

Pero queda el hecho que, por grande que sea el dinamismo económico del Japón, no puede él solo introducir en el sistema

político internacional y en el sistema económico mundial una modificación fundamental.

La interdicción militar de que ha sido objeto ha contribuido al aumento de su competitividad, pero la debilidad militar que resulta de ello limita sus pretensiones hegemónicas. Su estilo de vida y su cultura son tales que no podrían aspirar a la universalidad: la sociedad japonesa niega el derecho a la diferencia mientras que nosotros lo cultivamos; el contenido filosófico de la enseñanza japonesa es cada vez más débil y expone al país a la proliferación de las sectas; pese a grandes esfuerzos el saber científico sigue muy retrasado respecto de los Estados Unidos. A todo esto se agregan la fragilización de las instituciones que habían permitido el auge (el MITI, la federación patronal Kaidoren, el Partido Liberal Demócrata), un sistema político enfermo de corrupción y el vuelco de la situación económica en años recientes, de tal importancia que algunos no dudan en hablar de un "fin del crecimiento del Japón".

Hay que ser prudentes. De 1990 a 1994, las exportaciones japonesas han crecido 32%, se han creado 3,2 millones de empleos, el ahorro nipón se elevaba en 1993 a 819 miles de millones de dólares, o sea 56% del total de los países miembros de la OCDE. Es posible que la competitividad-precio de los productos japoneses disminuya en razón del alza del yen, que los constreñimientos de la dependencia se hagan más fuertes, que los excedentes de la balanza comercial retrocedan. Es posible también que las consecuencias del estallido de la burbuja financiera nacida de la euforia de los años ochenta y de la especulación desenfrenada que la había acompañado, ya evidentes con la fragilización del sistema financiero y la ampliación para ciertos establecimientos de deudas irrecuperables, conduzcan a una quiebra financiera que haría volar en pedazos la arquitectura financiera internacional. El conflicto económico presente con los Estados Unidos proseguiría entonces y el conflicto económico con Europa revestiría una amplitud mayor. La economía-mundo se sacudiría en sus mismas bases.

Tercer socio de la triada, la Unión Europea es la primera potencia económica mundial si se suman las actividades de los países miembros, pero no tiene unidad económica y política y no puede resistir a los asaltos del exterior más que si la logra.

Desde que Michel Albert escribió *Capitalismo contra capitalismo*,⁵ es común oponer dos tipos de capitalismo en conflicto: el capi-

⁵ Michel Albert, *Capitalismo contra capitalismo*, tr. esp.; México, Paidós, 1992.

talismo norteamericano y el capitalismo renano. El primero atribuye a la empresa como función producir ganancias hoy, aun a costa de debilitarse mañana y penalizar el desarrollo de la economía nacional; tiene como regla de oro el gasto, identifica el éxito personal con la riqueza, da preferencia a la bolsa sobre la banca, adopta una forma de fiscalización que favorece el endeudamiento y el capital. El segundo atribuye como tarea a la empresa crear empleos sin descuidar las ganancias y asegurar la competitividad de la economía nacional, ve en el ahorro una virtud y prefiere la banca a la bolsa, presta atención a la calidad de la producción, a la investigación-desarrollo, y realiza una gestión que apela a la participación bajo formas más o menos extendidas. Entre los dos modelos reina, siempre según Michel Albert, una guerra ideológica sin piedad, pero el capitalismo renano conoce cierta decadencia ilustrada por el crecimiento de las desigualdades, el ascenso de la exclusión, el creciente individualismo, la importancia otorgada a las finanzas, la desregulación, el advenimiento de la economía-espectáculo, la acogida de lo que es menos valioso en la "cultura" norteamericana (obras y costumbres) y que demasiado a menudo no es más que una "no-cultura" o caricatura de la cultura.

Se puede pensar y esperar que sea posible un modelo europeo que combine los logros del *welfare*, el keynesianismo, la socialdemocracia y su cuidado por producir más y para repartirlo mejor. No se trata solamente del aparato institucional, ni de la definición del poder jurídico: es cuestión de la adaptación del espacio pluridimensional de Europa y de la adopción de un modo de regulación adecuado a la economía de la zona.

Una cosa es segura: no podría haber una superación de los nacionalismos en un supranacionalismo europeo. Sería una contradicción en los términos. No hay nación sino allí donde hay congruencia entre territorio, estructuras, instituciones y tradiciones culturales. Las naciones europeas responden a estos criterios, Europa no. Ésta no debe "reproducir", trasponiéndolas, las características de las naciones; debe suponer una diversidad de niveles de organización y de legitimidad política.

El repunte de los impulsos históricos, la oposición de los sostenedores de una soberanía nacional sin concesiones a toda propuesta de soberanía en varios niveles, los sueños de quienes creen en una Europa-Estado de nuevo tipo y olvidan que una nación compuesta de naciones no puede tener más que una existencia metafísica, pueden obstaculizar el advenimiento de una Europa como verdadera

nación. Su riqueza colectiva, sus tecnologías de vanguardia en más de un sector, sus realizaciones en materia de productividad, el alto nivel de instrucción y de calificación de sus poblaciones, la intensificación de los intercambios intraeuropeos, las alianzas estratégicas entre firmas europeas y el tejido de redes, pero también —y esto dista mucho de ser insignificante—, la experiencia adquirida en materia de búsqueda de convergencia entre los países miembros, son logros de los que dispone Europa frente a los Estados Unidos y Japón.

La coexistencia “pacífica” o “competitiva” era un argumento de lucha entre sistemas. La mundialización recubre conflictos entre distintos protagonistas ninguno de los cuales alcanza a imponer globalmente su ley a los otros. Frente a la URSS y a China, un lazo de solidaridad une a los países capitalistas de la triada cualesquiera sean sus divergencias de intereses. Ahora este lazo se ha hecho muy frágil. En un sentido la triadización facilita los equilibrios económicos políticos, militares, pero entre sus miembros, la palabra la siguen teniendo los argumentos de poderío y de competencia y la economía mundial camina sobre el filo de la navaja.

Partidarios de un “multilateralismo liberal” mientras ocupaban una posición plenamente hegemónica, los dirigentes de los Estados Unidos son ahora partidarios de un “multilateralismo administrado”, convencidos como están de la capacidad de Europa y de Japón de desempeñar un papel importante. Es innecesario, según ellos, recurrir a una gestión bilateral y a una administración sin complacencia de las relaciones entre socios. La adopción del Omnibus Trade Act en 1974-1988 les permite tomar medidas discrecionales contra los competidores extranjeros considerados fautores de “maniobras desleales”. Las negociaciones bilaterales llevadas a cabo en el marco de la “iniciativa sobre los obstáculos estructurales” son utilizadas por ellos para intentar levantar los obstáculos que resultan del sistema de distribución de Japón, de las interacciones entre los grupos industriales y financieros de este último y de la imposibilidad para los capitales extranjeros de participar en sus operaciones de fusiones y de participación. Los vigorosos ataques contra, por ejemplo, la política agrícola común de Europa o la excepción cultural, la dureza del combate por el libre cambio internacional, muestran que más allá del “multilateralismo administrado”, el “unilateralismo” está siempre presente para dar su orientación a las acciones que se lleven a cabo.

Japón combina una ofensiva sobre los mercados exteriores, juego sutil de términos técnicos y sanitarios y barreras no tarifarias,

con el paso casi obligado de las importaciones por intermediarios comerciales convertidos en transnacionales. Cuando el presidente Clinton opta por un enfoque sectorial duro y exige negociaciones en dominios que representan un 65% de las exportaciones japonesas hacia los Estados Unidos, con una formulación de objetivos cifrada, en la amenaza de sanciones unilaterales, el MITI rehúsa someterse, denuncia las prácticas estadounidenses, entabla (por primera vez) una acción contra los Estados Unidos ante el GAIT y se hace de un arsenal legislativo en vistas a eventuales represalias si éstos recurren efectivamente a sanciones.

Un verdadero "fantasma colectivo" parece desarrollarse en Japón, enlazando la actual pretensión a la disputa de la hegemonía económica con los Estados Unidos y la creación de un nuevo paradigma civilizador destinado a reemplazar, dentro de poco, el paradigma de la modernidad occidental que ha dominado los asuntos internacionales a partir de la expansión de la Europa colonial y, con más fuerza aún, desde la generalización de la economía de mercado y la forma que ésta otorga a la mundialización.⁶

La Comunidad Europea, luego la Unión, refuerza también su protección cueste lo que cueste, aumentando el peso de los obstáculos no tarifarios (medidas *antidumping* más que derechos compensatorios) y recurre a acuerdos de autolimitación (con Japón, con los nuevos países industriales de Asia) pero los instrumentos de los que dispone no tienen nada que ver con los procedimientos mucho más agresivos y sin complejos que utilizan Estados Unidos y Japón.

Por cierto, está el acuerdo de diciembre de 1993 y la creación de la Organización Mundial de Comercio, pero también está la competitividad, la persecución del movimiento de transnacionalización de las empresas en todos sus sectores, la continuación de la constitución de bloques regionales, comerciales y financieros.

La mundialización debe, según la ideología liberal, constituir el terreno más favorable para la expansión del modelo económico y político occidental, de hecho del modelo neoeestadounidense, para mayor beneficio de todos. Es un nuevo "gran cisma" interno y externo, cuya posible llegada hay que prever. El mundo puede fracturarse.

Ser tres es poder entablar alianzas contra uno de los tres. Los capitales norteamericanos y alemanes pueden tener intereses comunes contra los capitales japoneses, pero los capitales alemanes y

⁶ Véase el excelente artículo de B. Stevens, "Ambitions japonaises. Nouvel asiatisme et dépassement de la modernité occidentale", *Esprit*, julio de 1995.

japoneses pueden también tenerlos contra los capitales norteamericanos en otros sectores, conservando al mismo tiempo, por otra parte, una misma necesidad frente al resto del mundo de implantarse ahí donde lo deseen y la misma pretensión de desarrollar sin constricciones su estrategia.

La mundialización es también un universalismo trunco, limitado al Norte (incluyendo el Este europeo), prolongado en países limítrofes o que han "despegado"; el Sur profundo es considerado casi irrecuperable y más o menos tomado a cargo por organizaciones no gubernamentales especializadas en la asistencia a las poblaciones en peligro de naufragio. Zonas enteras de África, de América Latina, de Asia podrían ir camino a la barbarie. Más que a una economía-mundo unificada, nos encaminamos hacia una economía-mundo a dos velocidades, por una parte con los países capaces de ejercer una influencia sobre la organización de los intercambios, que practican una estrategia aunada al retorno de cierto imperialismo de las exportaciones y de las inversiones, y por la otra con los países que no son capaces y deben limitarse a políticas comerciales estratégicas internas, o ser condenados a la "exclusión" por naciones "fuertes" que no sienten ninguna obligación de hacer solventes a las naciones que no lo son.

La amenaza de un mundo fracturado es tanto mayor en cuanto los tres, poderosos como son, no son los únicos y entre los países en desarrollo algunos tienen desde ya un crecimiento más rápido que el suyo y alimentan ambiciones. La parte de la producción acumulada de las 25 naciones de la OCDE debería pasar entre 1990 y 2010 de 54% a 44.1% del producto bruto mundial; el de China de 11,3 a 19,1%, el de las economías dinámicas de Asia del Sur (Hong Kong, Singapur, Malasia, Tailandia) pero también la de Corea del Sur y de Taiwán de 10,1 a 14,2%, las de India e Indonesia, respectivamente, de 4,1 a 5,1% y de 1,7 a 2,2%.

Las zonas de desestabilización política se multiplican en África (Argelia, Ruanda, Burundi, Nigeria, Sudán, etc.), en Asia (Paquistán, Bangladesh), en América Latina (Venezuela, Perú, México), en Europa (ex Yugoslavia, Rusia), así como las ocasiones de conflictos (en torno a los recursos naturales indispensables al crecimiento, en torno a la degradación del medio ambiente, en torno a los territorios entre las etnias, etc.). Una misma lógica "totalnacionalista" tiende a hacer ley.

La mundialización se extiende y se acelera en el desorden. El liberalismo triunfa, pero su dominio se limita a la economía de mercado, es decir, al capitalismo, y enmascara la persistencia de los

nacionalismos. Los "valores" del liberalismo político son en gran parte ignorados. Ningún espacio internacional organizado podría nacer espontáneamente del libre mercado. Ningún proyecto de orden internacional —ni siquiera económico— puede ser concebido como *a* o *anti* político sin quedar condenado al fracaso o a la tergiversación.

El dominio sigue siendo norteamericano. Las ambiciones asiáticas (de Japón, de China, en segundo plano de los nuevos países industriales de la zona) lo disputan, mientras que Europa atiende sus contradicciones. El mundo está "sin dueño",⁷ pero no sin luchas por la hegemonía económica y política y, más allá, por la hegemonía en materia de civilización y de cultura. Es posible ver en la mundialización en curso un movimiento hacia una única civilización planetaria en la medida en que podría permitir una toma de conciencia de la pertenencia de todos a una humanidad única y a un fondo común de valores que resultará poco a poco en el respeto a las identidades culturales y en la repartición. Puede ser también que prevalezca el reino de la fuerza y que el rechazo de la alteridad prepare, tal como teme B. Stevens,⁸ un "nuevo combate de gigantes" no ya en nombre de una gestión diferente del crecimiento económico, sino en nombre de una concepción de la civilización misma.

3

EL hombre de cultura, decía Paul Ricoeur al preguntarse sobre el significado de "humanismo",⁹ es quien retoma los valores "dados" en la masa de las conductas colectivas y los "revivifica". Este retomar tiene dos rostros: un rostro crítico de ejercicio del discernimiento frente al "vivir", es decir, de la civilización, y un rostro poético de apertura del horizonte de posibilidades y de promoción del hombre nuevo, sin saber absolutamente cuál es el hombre que llegará, ni cómo llegará. Es por esto que Paul Ricoeur califica el humanismo de "revolucionario", proyecta un sentido, empuja al hombre hacia adelante. Umberto Campagnolo,¹⁰ por su lado, veía en la "cultura" una capacidad de arrancar al hombre a la necesidad

⁷ J. Guelle, en *Un monde sans maître. Ordre et désordre entre les nations*, París, Odile Jacob, 1995.

⁸ *Ibid.*, p. 28.

⁹ "Que signifie 'humanisme'?", *Comprendre*, núm. 15 (1956), pp. 84-92.

¹⁰ "La culture catégorie de la crise", *Comprendre*, núms. 37-38 (1971-1972), pp. 10-40.

de la evolución, de permitirle penetrar lo desconocido; la definía como “la política de la revolución, incluso la revolución misma”. Poder de creación y de regeneración de los valores, capacidad de aprehensión de los problemas y de intentar resolverlos, expresión de las “razones de vivir”, debe informar el “vivir”.

Ser un hombre de cultura es vivir un compromiso político en favor de todos los hombres y contribuir en toda la medida de sus capacidades para la inscripción de los valores en la historia que se hace y que uno hace. Es una crisis y, quizás, un conflicto de civilizaciones que se trata de superar. Urge la invención de un nuevo “orden”, el “vivir” que es la civilización, las “razones de vivir” que expresa la cultura, uniéndose con el fin de dar forma a un mundo más humano. Nuestra época necesita una política de la cultura: *política* porque está destinada a realizar las condiciones más favorables para el surgimiento de una civilización nueva; *de la cultura* porque es la reconsideración y la inscripción de los valores con la conciencia de contribuir así al pasaje del momento histórico donde estamos al mañana que hay que construir.

No se trata de conformarnos con escudriñar los signos del tiempo y de interpretarlos a la luz de una cultura que no se ensuciaría las manos. Se trata de alcanzar la política “ordinaria”, pues no hay auténtica “política de la cultura” si no la obsesionan la solidaridad y la fraternidad humanas al punto de querer hacerlas penetrar en las políticas.

La política de la cultura se identificaba ayer, en el contexto de la guerra fría, con la política de la paz; la solución de todos los grandes problemas —los del hambre, la pobreza, el medio ambiente, pero también de la igualdad, la justicia, la libertad, la democracia— están ligados a ella. La urgencia ya no es la misma, pero la cuestión de la construcción de un nuevo orden internacional sigue planteada. No puede ser resuelta sin la invención de nuevas formas de “hacer juntos”.

Tenemos que jugar un partido “planetario”. El verdadero problema, el que engloba a todos los otros, es obtener un consenso mínimo sobre un “orden” internacional preferible a la guerra o a la descomposición de un mundo donde los valores se derrumben entre un estruendo de catástrofe. Donde todo (y no solamente en el dominio internacional) queda por replantear.

Con la “injerencia humanitaria” había nacido una esperanza: la de una ciudadanía que superara las fronteras. Desde hace varias décadas, las ONG reivindicaban una protección de la humanidad,

la conservación de un derecho natural de injerencia, la firma de acuerdos internacionales que respondieran a preocupaciones globales que fijaran un orden a la acción de los Estados o determinaran su política nacional. La resolución del 6 de diciembre de 1988, llamada "asistencia humanitaria a las víctimas de las catástrofes naturales y situaciones de urgencia del mismo orden", parecía responder a estas cuestiones de forma positiva, y ése fue en parte el caso. La intervención humanitaria se ha producido prioritariamente en ocasión de guerras internacionales o civiles. De allí surge una serie de cuestiones: selectividad de las intervenciones y autoridad competente para decidir las; línea de división entre lo humanitario y lo político (el primero corre el peligro de convertirse en cautivo de los intereses del segundo); derechos del hombre o derechos de los gobiernos, pasaje de un derecho destinado a facilitar la acción de las ONG a un derecho de iniciativa directa de los gobiernos; distinción entre función de garantía del respeto del derecho y función de auxilio imparcial a las víctimas; razón del hombre o razón de Estado.

Era ridículo anunciar después de la Guerra del Golfo que estaba por establecerse un nuevo orden mundial que haría imposible la barbarie, mientras que las grandes potencias aliviaban su conciencia con ayudas sin abordar el fondo de los problemas. Pero no lo es ver en lo humanitario el surgimiento de un "humanismo que tiene manos", y que dibuja "una forma de ciudadanía que supera las fronteras de los Estados y las leyes que aseguran con mayor o menor éxito su coexistencia", tal como escribe P. Bouretz.¹¹

La gran lección que hay que sacar de "lo humanitario" es la "urgencia de lo urgente",¹² o, en otros términos, la absoluta necesidad de combinar la prevención diplomática y la prevención del terreno, la instalación de un sistema de alerta que acompañe la conducta con acciones preventivas adaptadas a la relatividad espacial de los problemas que hay que intentar resolver.¹³ Observadas desde este ángulo, todas las dimensiones de la actividad humana son susceptibles de trasuntar una "injerencia", todas incitan a una reflexión sobre las perspectivas abiertas por ella en materia de civilización universal.

¹¹ "Entre éthique, juridique, et politique: le triangle humanitaire", *Esprit*, julio de 1994, p. 96.

¹² P. M. Dupuy, "Un débat nouveau. Urgence pour l'urgent", *Le Monde des Débats*, enero de 1993.

¹³ Concolato, "Vers un tournant de l'action humanitaire", *Esprit*, julio de 1994, p. 78.

No hay, a este respecto, actualmente a escala de la economía mundo un "regulador" de la interacción de lo económico y lo político, y tampoco de lo económico y lo social. Se plantea un problema de "governabilidad": no puede dejarse a las "sociedades cosmos" la dirección de la economía mundial mientras que su responsabilidad en los males de los que sufre es aplastante y que, servidoras del dinero, de las mercancías, de la dominación y, ante todo, de sí mismas, no prestan atención sino obligadas a la destrucción de los hombres, de los medios de vida, de las civilizaciones.

No se trata, al escribir esto, de retomar los sueños inmediatos a la Segunda Guerra mundial en torno a un gobierno mundial que implicase ministerios mundiales, un Tesoro mundial, un banco central mundial (J. Tinbergen), o un "poder espiritual" mundial que escapara a la nominación por uno o varios gobiernos y que fuera designado por "agrupaciones sociales" (P. Perroux). Ninguna organización puede pretender el rango de Estado universal. La Organización de las Naciones Unidas sigue siendo un instrumento interestatal y no prefigura de ninguna forma un gobierno mundial. Estamos más bien en presencia de una fachada detrás de la cual subsisten Estados a veces patológicamente defensores de su soberanía.

Lo posnacional no puede decretarse. Los Estados siguen siendo *las* fuentes legítimas del poder. El reparto de competencias no puede escapárseles. Frente a una mundialización que tiende a destruir las identidades e instaura el reino de los mercados financieros y, demasiado a menudo, el poder oculto de oligarquías económicas y financieras y de mafias, siguen siendo los defensores inevitables de las poblaciones de las que son guardia.

La protección de la humanidad no se limita a las situaciones de urgencia nacidas de la guerra y de las catástrofes naturales. Todas las dimensiones de la actividad humana son susceptibles de sufrir injerencia y muchas, que conciernen en primer lugar a la economía, ya la sufren: aquéllas, disputadas, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, que evolucionan y deben ser adaptadas y renovadas,¹⁴ las de la Organización Mundial de la Alimentación y de la Agricultura, de la Organización Mundial de la Salud, de la UNESCO, de la Organización Internacional del Trabajo.

Demos dos ejemplos. Por empezar en cuanto a la injerencia social:

¹⁴ Cf. Henri Bartoli, *L'économie, service de la Vie*, Grenoble, Presses Universitaires, en prensa.

Las 173 convenciones y las 101 recomendaciones de la OIT que tuvieron lugar entre 1919 y 1994 no dan lugar a la elaboración de una "legislación" internacional, sino de "normas" cuyo respeto por los gobiernos conduce a la Conferencia Internacional del Trabajo a expresar su preocupación y sus quejas hacia la adopción de una actitud semejante. La tasa de ratificación de las convenciones ya está estancada, aunque su total acumulado sigue creciendo. Crece también el tiempo necesario para la integración de su contenido a las prácticas nacionales. La disparidad creciente de las situaciones y de las necesidades de los Estados miembros de la OIT hace más difícil la formulación de reglas comunes. Se plantea la cuestión de la posibilidad para la OIT de mantener en un marco voluntario desprovisto de sanciones una emulación en favor del progreso social mientras que la mundialización y la competencia actúan en sentido contrario.

Hay necesidad de recurrir a nuevas formas de injerencia social desde el momento que emerge una nueva división internacional del trabajo y que es urgente dar al mundo económico en mutación una nueva dimensión social. No es suficiente inquietarse por razones de competitividad del *dumping* social y monetario al cual algunos países no vacilan en recurrir, o tampoco de las consecuencias de las deslocalizaciones y de las subcontrataciones en lugares "socialmente atractivos", y de debatir, como fue el caso en 1994 en ocasión de la 51a. sesión de la Conferencia Internacional del Trabajo, en torno a la inserción de una "cláusula social" en los acuerdos de comercio que subordine toda concesión de preferencia comercial al respeto de ciertas normas, incluso limitadas a algunos derechos fundamentales;¹⁵ se trata de ir mucho más adelante en la injerencia social.

Reducir los costos humanos del trabajo en todas las latitudes, en todas las ramas de actividad, es el imperativo de una política de la cultura que "tenga manos". El papel de la OIT debe ser redefinido de tal manera que quede más implicada en las acciones que tienden a oponerse a la degradación de la situación social en el mundo, que sea capaz de proponer políticas económicas y sociales preventivas y de estimular el desarrollo humano equilibrando los imperativos económicos y los imperativos sociales. Se han hecho propuestas de creación en el seno de la administración central de la OIT, de un pro-

¹⁵ Trabajo de los niños, trabajo forzado, libertad sindical, negociación colectiva.

cedimiento de análisis del progreso social posible a nivel estatal, de intervención de instancias que dispongan de medios que vayan de la investigación y de la presión conciliadora a la sentencia con carácter obligatorio, una corte internacional del trabajo o una sección especializada de la Corte Internacional de La Haya que pueda pronunciarla. Sin duda se trata también aquí de deseos piadosos, pero la idea de un "pacto social" a escala mundial y regional marcha, y ésta debería ser una de las formas de "hacer juntos".

Sigue la injerencia sanitaria:

Ésta tiene una larga historia, desde la primera conferencia internacional sobre la salud en París en 1851, al nacimiento de la OMS en 1946. Tiene esta especificidad: que los acuerdos o convenciones que adopte la Asamblea de la OMS con una mayoría de dos tercios no constituyen inmediatamente el derecho positivo y no entran en vigor en los Estados sino una vez que sean aceptados conforme a sus reglas constitucionales; los reglamentos sanitarios internacionales que emanan de la asamblea entran en vigor sin aceptación formal previa de los Estados.

La OMS actúa también mediante sus programas, sus investigaciones, sus consejos.¹⁶ Proteger la salud como patrimonio de las poblaciones del mundo es también un imperativo de la política de la cultura hoy. Implica, tratándose de la política ordinaria, la reconsideración de todo el sistema económico y social y no sólo del sistema de atención, ya que la prevención exige la neutralización de los factores de riesgo, la oposición a las evoluciones regresivas, la adopción de una estrategia de arraigo al medio existencial en la diversidad de sus dimensiones de tal manera que la "vertiente salud-vida" predomine sobre la "vertiente enfermedad-mortalidad".¹⁷

Los sistemas productivos tienen hoy los medios para cubrir los costos de un *status* humano de vida para todos, pero de hecho ellos no otorgan a todos los vivientes una posibilidad de vida, a pesar de que es científica y económicamente posible, ya que las ortodoxias se ponen de acuerdo para justificar una impotencia que conviene denunciar. La injerencia sanitaria, que emana de la OMS, o de cualquier otra organización, para la información de las poblaciones, la investigación, las acciones que promueve o sostiene, las sanciones

¹⁶ Mokhtar Lakehal, *Prévologie: du droit aux soins au droit à la santé*, París, Dunod, 1991, p. 26.

¹⁷ *Ibid.*

que debería permitir (la idea de una Corte o de una sección especializada de la Corte Internacional debe también aquí retomarse), es también uno de los "hacer conjuntamente", fundamento de un nuevo orden internacional.

También la injerencia ecológica.

Al Gore¹⁸ propone un "Plan Marshall para el planeta" que combine la estabilización de la población, con la creación y difusión de tecnologías respetuosas del medio, modificación general y universal de las reglas que preludian nuestros métodos de evaluación del efecto de nuestras decisiones sobre el medio, plan de cooperación a fin de sensibilizar el conjunto de los ciudadanos del mundo a los problemas ecológicos. La rapidez de la difusión y de la recuperación de los temas abordados por las campañas de los ecologistas de todo tipo es notable si se piensa en el reducido número de economistas que a comienzos de los años setenta denunciaban la conjunción de la explotación de la naturaleza y de la explotación del hombre.¹⁹ El concepto de "patrimonio común de la humanidad", aparecido en 1967 a propósito del fondo de los mares, ya es acogido por las agencias especializadas de las Naciones Unidas, mientras que las conferencias internacionales consagradas al ambiente se multiplican, desde la conferencia inaugural de Estocolmo en 1972 a la Conferencia de Río de 1993.

Se elabora un derecho multiforme del medio ambiente que abra los espacios más diversos, no sin chocar con muchas oposiciones; la de los intereses: si los Estados Unidos no firman la Convención de Río sobre la biodiversidad, es porque aún tienen el liderazgo en materia de biotecnología y consideran la propiedad industrial de sus industrias insuficientemente asegurada; las de los países del Sur, que temen la utilización de la ecología para poner trabas a su desarrollo, pero a partir también extraen importantes ganancias a partir de ciertas actividades (por ejemplo las selvas) de las que temen que el reglamento las prive; las de las poblaciones, especialmente las del Norte, poco dispuestas a modificar su modelo de vida.²⁰ Una vez

¹⁸ Al Gore, *Sauver le planète: l'écologie et l'esprit humain*, París, Albin Michel, 1993

¹⁹ M. Cépède, "Exploitation de la nature et exploitation de l'homme", *Économies et Sociétés*, mayo de 1971.

²⁰ Así la de los Estados Unidos, donde todo estadounidense o casi siente que establecer una tasa sobre la gasolina para disminuir su consumo atentaría contra su libertad y su modo de vida, que se apoya en el consumo de gasolina barata.

más, debe investigarse el compromiso político en vista de la elaboración progresiva de un dispositivo complejo a través del cual las preocupaciones ecológicas impregnarán poco a poco las relaciones internacionales.

Es cuestión de encuadramiento de la política de los Estados por reglas, de vigilancia asegurada en común, de eliminación de la hipocresía que consistía, en ocasión la Conferencia de Río, en declararse dispuestos a aumentar la ayuda para el desarrollo con el fin de alcanzar "lo antes posible" la barrera de los 0.7% del PIB, considerado como deseable, pero en no hacer ningún tipo de esfuerzo para que así ocurra y a no comprometerse en acciones específicas poco gratificantes (toma de aguas) o en operaciones de cooperación poco "legibles".

Al igual que para la injerencia social y la injerencia sanitaria, el problema de la soberanía nacional debe ser abordado de forma nueva, y debe reconocerse un deber de urgencia ecológica, cuyo ejercicio podría ser confiado a una autoridad internacional a fin de evitar que cualquiera y en cualquier lado haga cualquier cosa. La idea había sido adelantada cuando la Conferencia de La Haya en 1898, y es necesario retomarla en el marco de un "contrato mundial" que asocie a los Estados. Como toda injerencia internacional, su tarea sería en principio de prevención, eventualmente de intervención, y debería suponer la posibilidad de un recurso ante una instancia judicial.

Sería paradójico que, en cuanto economista, no mencionará la injerencia económica y financiera. Aunque pretenden respetar la soberanía de los Estados, el Banco Mundial y el FMI practican con tanto rigor una injerencia tan controvertida que más de una vez los jefes de Estado y de gobierno han decidido (como sucedió en Nápoles en julio de 1994) emprender una reflexión en vistas de "renovarlas" y "revitalizarlas". El discurso "social" que ambos practican encubre el hecho de que su injerencia está menos dirigida por la voluntad de servir al desarrollo humano que por la preocupación de la "viabilidad" de las políticas según los criterios de lo que J. Williamson llama el "consenso de Washington",²¹ expresión de la coalición entre el Washington político del Congreso y de la Casa Blanca y el Washington tecnocrático de las instituciones financieras internacionales y del Tesoro norteamericano. Lo menos que puede

²¹ *What Washington means by policy reform*, Washington, Institute for International Economics, 1989.

decirse es que no reina armonía entre la injerencia tal como la practican y las otras formas de injerencia de las que hemos hablado.²² La construcción de un nuevo orden internacional requiere que esto ya no sea así.

¿Cómo no estar de acuerdo con las declaraciones del director general de la OIT, quien comprueba que "lo que falta es un mecanismo internacional eficaz que permita tomar en cuenta los aspectos sociales de una economía globalizada o integrar los objetivos sociales y de empleo en toda la política económica internacional"?²³ ¿Cómo no considerar junto con él que ha llegado el momento de tejer una red de lazos sólidos entre las organizaciones internacionales especializadas? Según él se debería elaborar un doble "mecanismo" para suplir las deficiencias técnicas (el FMI, el Banco Mundial, la OMC, la OIT, prepararían cada año un conjunto de recomendaciones destinadas a mejorar el funcionamiento de la economía mundial en la perspectiva del bienestar general) y políticas (estas recomendaciones estarían sometidas a una reunión ministerial representativa que reuniría a los ministros de Finanzas, de Economía, de Comercio y de Trabajo, agregamos nosotros los de Salud y de Medio Ambiente).

Europa, el mundo, tal como comprueba M. Delmas-Marty,²⁴ se han convertido en verdaderos laboratorios de un pluralismo jurídico ordenado, no ya una simple yuxtaposición de "esferas de justicia", sino una combinación, dentro de espacios de geometría variable, de diferentes técnicas jurídicas de subordinación y de unificación en ciertos sectores, de coordinación y de armonización en otros. Nos orientamos así hacia un "universalismo plural" sin que sea necesario buscar un orden planetario "unificado", ya que eso sería ir hacia un orden totalitario que impondría la hegemonía de una cultura o de un Estado. Y M. Delmas-Marty toma prestada a la imaginación de la vieja China una muy bella imagen: las nubes

²² Un estudio dirigido por investigadores de la Universidad de Toronto y del Banco Mundial ha mostrado qué grandes son los costos humanos de los programas de "ajuste estructural": desempleo, subempleo, precariedad, baja de los salarios reales, retrocesos de una protección social ya débil. La producción agrícola exportable crece en detrimento de los cultivos comestibles, la industria manufacturera retrocede, el sector informal crece, el sector público decrece; cf. S. Horton, R. Kansas, D. Mazumdar, "Le marché du travail en période d'ajustement dans 12 pays en développement", *Revue Internationale du Travail*, núms. 5-6 (1991).

²³ Mireille Delmas-Marty, *Pour un droit commun*, París, Seuil, 1994.

²⁴ *Ibid.*

terminan siempre por ordenarse según figuras cuyos perfiles nadie verdaderamente domina.

Proyecto de creación de un Consejo de Seguridad Económica, pacto social mundial unido a un contrato de asistencia ecológica mutua, injerencia sanitaria reforzada, red de coordinación de las acciones específicas que emanan de las organizaciones especializadas de las Naciones Unidas pero también de programas de cooperación de los Estados, creación de un fondo mundial para la seguridad y el desarrollo humanos alimentado por los "dividendos de la paz" debidos a la disminución de los gastos militares, llamado dirigido a las naciones y a sus gobiernos para "hacer juntos"; no faltan las ideas capaces de nutrir el proyecto de civilización cuya urgencia sentimos.

Referirse a ello no es soñar. Sólo es necesario "dar tiempo al tiempo" y orientarlo un poco. Urgida por las Naciones Unidas para actuar contra el agravamiento de la fractura social mundial tanto entre los países como en el seno de cada uno de ellos, la Cumbre Mundial de Copenhague de 1995 ha resultado la conferencia más importante por ellas organizada, que reunió las delegaciones de los 184 países miembros. El documento final, aprobado por 121 jefes de Estado y de gobierno, ha estado por cierto muy retrasado respecto de las expectativas, pero paso a paso avanza una mundialización distinta de la de las firmas multinacionales y de los mecanismos del capitalismo real, y hay que esperar que ella será capaz de demostrar eficacia según los criterios del desarrollo humano.

La gobernabilidad de la economía-mundo supone la posesión de una información tan completa como sea posible, un aprendizaje colectivo, un debate político y una programación sutil que se desprenda de grandes objetivos prioritarios capaces de mantener el dinamismo de las actividades competitivas, siempre otorgando primacía al desarrollo humano. El surgimiento de espacios pluridimensionales regionales coherentes en relación con el resto del mundo es un hecho susceptible de favorecer la invención de estructuras y de instituciones en varios niveles, de incrementar la gobernabilidad de la economía internacional, teniendo en cuenta la heterogeneidad de las historias, de las civilizaciones y de las culturas.

4

“**S**I los dirigentes actuales de las naciones, de los pueblos, de los grupos humanos no están a la altura de las circunstancias, serán

antes o después barridos por una historia que no habrán sido capaces de dominar”, escribía M. Bedjaoui, juez de la Corte Internacional de Justicia, en 1979;²⁵ para él, hoy, “el mayor desafío que acecha al capitalismo es el triunfalismo”.²⁶

Más allá de las agitaciones de superficie que son los sistemas económicos y sociales, destinados todos a transformarse y todos mortales, hay que buscar la eclosión de las profundidades que hace que en todos los tiempos y lugares los valores sean el signo de la presencia de los hombres.

El historiador británico Eric Hobsbawm califica al siglo que termina —nuestro siglo— como la “era de los extremos”.²⁷ “Siglo de guerra”, lo llama Gabriel Kolko,²⁸ en el cual la “máquina de masacrar” no ha cesado de mejorar sus rendimientos,²⁹ merece tener como símbolo el silencio de la selva de Ettersberg, donde el olor a humo de los crematorios de Buchenwald ha ahuyentado a los pájaros.³⁰ La experiencia de los “regresados” de los campos de concentración ¿no ha sido la experiencia radical del Mal?, una experiencia vivida como “experiencia de la muerte” que nos prohíbe para siempre decretar la inhumanidad del Mal mientras que es, según la expresión de Jorge Semprún, “uno de los proyectos posibles de la libertad constitutiva de la humanidad del hombre”.³¹

La verdadera condición de la paz y del desarrollo humano, aunque ambos se confunden, es el reconocimiento para todos los hombres de lo que dan y de lo que son capaces de dar unos a otros. Este paso es nuestro destino. Una vez más en la historia, hay que intentar conducir poco a poco las cosas, las organizaciones, los hombres hacia el vasto movimiento de valorización que es su trama y tratar de alcanzarla para liberar la corriente total de la Vida en el seno de la cual se inserta cada una de nuestras vidas.

²⁵ Mohammed Bedjaoui, *Pour un nouvel ordre économique international*, París, UNESCO, 1979, p. 242. Hay trad. esp. Salamanca, Sígueme, 1979.

²⁶ *Développement de l'idée d'un "Nouvel Ordre Mondial"*. *Rapport Général*, París, A. Pedone, 1991 (Rencontres Internationales de l'Institut d'Études Politiques d'Aix-en-Provence, 22-23 de novembre de 1991).

²⁷ *The age of extremes. The short Twentieth century (1914-1991)*, Londres, Michael Joseph, 1994.

²⁸ *Century of war. Conflicts and society since 1914*, Nueva York, The New Press, 1994.

²⁹ 150 000 muertos en la guerra francoalemana de 1870, 8,5 millones en la Primera Guerra mundial, de 50 a 60 en la segunda.

³⁰ Jorge Semprún, *L'écriture ou la vie*, París, Gallimard, 1994.

³¹ *Ibid.*, p. 99.

Esto se llama "encarnación".

No hubo ni habrá jamás sobrevivientes de las cámaras de gas nazis, nos dice Jorge Semprún. Mi cielo ha sido su mortaja. ¡Pero los pájaros han regresado a la selva de Ettersberg y cantan!

Traducción de Hernán G. H. Taboada